ESTUDIOS

A LA VENTANA, por Maurice d'Amilly — Salón de París

MARZO DE 1929 — 50 céntimos

Libros que pueden adquirirse por nuestro conducto

(Obras selectamente escogidas por su utilidad y su valor educativo)

Pídasenos nuestro catálogo general, que remitiremos gratis

La Muñeca, por F. Caro Crespo. —Drama moderno de enorme pasión e interés, en tres actos.—Es en esta obra en la que se advierten los progresos que su malogrado autor había llegado a adquirir en la técnica teatral y en el valor literario.—Forma un elegante tomo de más de 100 páginas.—Precio, 1'50 ptas.

El veneno maldito, por el Dr. F. Elosu.—La mejor y más contundente obra escrita contra el alcohol, contra el abominable narcótico de la civilización y el progreso. El dar a conocer este utilísimo librito es hacer un bien a la especie humana; es combatir eficazmente al más horrible de los vicios.—Precio, 1 pta.

La educación sexual y la diferenciación sexual, por el Dr. Gregorio Marañón.—Sensacional estudio que descubre la magnitud de uno de los más trascendentales problemas de orden biológico. El merecido prestigio científico de su autor es garantía de la utilidad y el valor indiscutible de este librito.—Precio, 0'50 pesetas.

Embriología, por el Dr. Isaac Puente.—Es un libro de divulgación y de estudio; es un libro útil, trascendental, importantísimo. Todos debieran conocer estas enseñanzas que el Dr. Puente expone en su valiosa obra como una ofrenda a la cultura del pueblo, dedicándolas a la juventud estudiosa que aspira a un mañana mejor. Recomendad la lectura de este hermoso libro a todos los jóvenes para que se capaciten y se eduquen; a todos los hombres amantes de la educación.—Forma un elegante volumen impreso en papel pluma, con dos láminas explicativas tiradas a dos tintas, y con una preciosa portada de *Shum* a cuatro tintas, 3'50 ptas.; lujosamente encuadernado en tela y oro, 5.

Amor y matrimonio, por Emma Goldman.—Este librito es un grito de sinceridad nacido del corazón de una mujer que antepone la honradez y la nobleza de sus sentimientos a toda otra conveniencia hipócrita. La pluma fácil de esta eximia escritora ha sabido desentrañar admirablemente en estas páginas todo lo absurdo y trivial de la educación de la mujer y lo falso de su concepto moral de la vida, mostrando a la vez su alma femenina limpia y pura, su espíritu abnegado y decidido y, sin embargo, tan candoroso y sensible. Es un excelente trabajo que debieran leer todas las mujeres.—Precio, 0'50 ptas.

El A. B. C. de la Puericultura Moderna, por el Dr. Marcel Prunier.—El Dr. Marcel Prunier viene a prestar un inmenso beneficio a la humanidad, a la vez que realiza uno de los más hermosos servicios a la especie humana. Cuando se reflexiona sobre las aterradoras cifras de la mortalidad infantil, en gran parte debida a la carencia y al desconocimiento de los cuidados precisos, se comprende cuán útil e indispensable es este libro en todos los hogares.—Precio, 1 peseta.

ESTUDIOS

REVISTA ECLÉCTICA — PUBLICACIÓN MENSUAL

Redacción y Administración
APARTADO 158. — VALENCIA

AÑO VII
MARZO
1929
NÚMERO 67

"MEJÓRATE A TI MISMO"

Esforzarse en remediar la propia imperfección, me parece la acción más elevada y digna en que puede y debe empeñarse el hombre. Aspirar a mejorar la calidad del barro de que estamos hechos, es la más noble pretensión humana. Este esfuerzo por superarnos, me parece también el más apropiado para dar rango y superioridad a nuestra especie en la escala animal. Está por encima del arte y por encima de la ciencia, aunque las necesite y no pueda prosperar sin ellas.

Es una lucha callada, humilde, recogida, en la que no gustan meterse los que van tras el aplauso y la popularidad. Un empeño que se sabe insignificante. Una voluntad que espera el fracaso sin temerlo. Una impía audacia, que quiere corregir la obra del Creador, y superar a la misma evolución.

El "mejórate a ti mismo" es hijo del "conócete a ti mismo". Es una deducción del que se sabe lleno de flaquezas, falto de motivos de orgullo, mal dotado para la noble convivencia humana. Desarmado contra el estallido de impulsos y arrebatos de fiera, de los que se da cuenta y se arrepiente después de haberlos padecido. De voluntad claudicante cuando trata de ajustar sus actos a una norma ética, o de poner de acuerdo la conducta con los dictados de la razón. Cobarde ante el superior en jerarquía social y cruel con los que tiene debajo. Despótico en el hogar. Autoritario e intransigente con los niños, a quienes castiga con crueldad las que llama faltas de respeto. Egoísta aun a costa y por encima de los demás. Insociable sin hipocresía, ya que necesita respresentar farsas, usando múltiples caretas; una para mostrarse a los extraños, otra para el desempeño de su profesión, otra para los familiares y amigos y aun otra para sí mismo.

Consciente de las propias faltas, consciente del daño que causa a los demás y consciente de la parte de culpa que tiene en sus adversidades y desgracias, el hombre llega a abrazar humildemente un ideal dignificador de su animalidad. Ser dueño de sí mismo, en la evitación del daño que puede causarse a sí propio, del que puede causar a los demás y del que puede transmitir a otras generaciones.

Atendiendo a este empeño de mejorarse los hombres, se podrían clasificar en dos grupos: el de los que se modelan para mejor aprovecharse de los demás, y el de los que persiguen, ante todo, el bien de la colectividad y de la especie. Los primeros forman el grupo nutrido de los "hombres de presa", atentos a sacar el mejor partido en la concurrencia vital, a lograr la mejor parte en la lucha por la vida. Ellos no constituyen escuela, ni cuerpo de doctrina, pero son producto del ambiente social y del siglo.

Lo que aquí se propugna, es el empeño de automodelamiento con un fin humano, con vistas a dulcificar y anular la lucha por la vida, y a llevar a ella la menor dosis de crueldad y de egoísmo.

No es posible ninguna utopía social, ni viable ninguna redención humana, sin esta actividad autoformatriz del individuo. Sin freno ético, sin sometimiento a un ideal de bondad, sea el que quiera, no puede existir cordialidad y armonía en las relaciones humanas. Es más; la mitad, por no decir la mayor parte, de las iniquidades sociales que el hombre padece y lamenta, son

TEMAS PEDAGÓGICOS

Despertad publica las manifestaciones del pedagogo Heinrich Veiters, en la nueva revista alemana *Handbuch der Padagogvk.*

Ocúpase de la coeducación de los sexos, con un criterio muy justo y real, aduciendo las razones necesarias para convencer de la necesidad que existe en la enseñanza moderna de introducir esa reforma, que ya es un hecho en muchos centros oficiales y particulares.

A este respecto ha cambiado mucho el concepto escolar, de algunos años a esta parte; ya son los menos los que se escandalizan de que niños y niñas concurran, no sólo a una misma escuela, sino a una misma clase, y a pesar de las primeras burlas y venciendo el ambiente hostil que al principio les rodeara, la juventud femenina va invadiendo los centros de cultura y asistiendo a las clases superiores, en unión del elemento masculino, probando que su presencia en estos sitios no ocasiona ningún cataclismo y que su capacidad y aplicación está sujeta a los mismos motivos que la del sexo contrario.

Hoy ya es anticuado, pedagógicamente hablando, tratar del derecho que asiste a la mujer a pensar en algo más que en guisar y repasar la ropa, a pesar de ser estos trabajos nada deshonrosos y propios de ella; no hay necesidad de insistir en que los horizontes de la mujer deben de ser más amplios que las cuatro paredes de su casa y que las labores propias de su sexo, no son las de ser un mueble casero más, puesto que la práctica, más elocuente que las palabras, va convirtiendo a la mujer de antaño, sin más liberación que el matrimonio, a la de hoy, que se preocupa de su liberación económica, antesala de su libertad integral.

El citado pedagogo termina diciendo: "La lucha próxima será por la transformación de esa cultura, por el influjo de la mujer y ésta ha comenzado ya.

Efectivamente, la reivindicación del derecho de las niñas a recibir la misma educación que los niños, fué el primer paso hacia la verdadera pedagogía, pues no había de tardarse en comprender, que las niñas tienen necesidad de una educación especial para prepararse al gran deber, que la naturaleza le ha impuesto, con la maternidad.

De la enseñanza de hace unos años a la de ahora media un abismo; pero más grande será la diferencia de la educación actual a la venidera, que ya se ve próxima.

Si hoy muy pocos discuten la necesidad moral y material de que la niña y la jovencita, se coloquen al lado del niño y el hombre, para recibir juntos la instrucción, mañana, todos sentirán la necesidad de que la futura madre reciba la especial y necesaria educación que le es indispensable para ser la educadora de sus hijos, misión única y exclusivamente suya y no del padre, ni del maestro, como hasta ahora se había creído.

Empieza a preocupar esta cuestión y a hacerse ensayos en muchos centros escolares, siendo el más perfecto hasta el día el de una pequeña escuela internado, de Bruselas. Las alumnas, con muñecos de goma, practican la maternidad, bañando y aseando a sus hijitos, cuidando de que el dormitorio se ventile y solee convenientemente y que las camas y ropas estén cuidadosamente limpias, asistiéndolos en enfermedades infantiles y fingiendo resistir a sus caprichos para vencer su terquedad, así como también tratando de corregir manifestaciones de envidia, egoísmo, etc.

Existe el proyecto, todavía no realizado, de un internado donde las alumnas mayores se cuidarán de las menores, bajo la dirección y vigilancia de personas competentes.

Estos ensayos darán por resultado escuelas completas, donde las niñas y niños sigan juntos aquellas asignaturas comunes a los dos sexos, recibiendo por separado la educación especial que a cada uno corresponde en ciertas materias.

ANTONIA MAYMÓN

Contemplaciones biológicas

El estío y la primavera

El presente trabajo que tenemos el gusto de presentar a nuestros lectores, débese a la pluma del conocido hombre de ciencia, autor de La Plasmogenia, *Dr. A. L. Herrera, a cuyos vastos conocimientos científicos une un alma de exquisito poeta, como pueden demostrar sobradamente estas páginas suyas.*

Ya es conocida en estas columnas la prestigiosa firma del doctor Herrera para que tengamos que presentarlo a nuestros lectores. Sin embargo, queremos testimoniar en esta ocasión una vez más, la satisfacción que sentimos al contarle entre nuestros colaboradores, y al mismo tiempo damos las gracias más sinceras a nuestro amigo C. M. Marino, por cuya mediación hemos logrado esta valiosa colaboración. "Hace solamente unas semanas—dice nuestro amigo—que le solicité que colaborara en nuestra publicación, a lo que accedió, siendo éste el primer trabajo que envía."

Deseamos ardientemente poder contar con su colaboración asidua, y con ello, sabemos ciertamente que interpretamos el anhelo de nuestros lectores, anhelo que se ratificará sin duda después de haber leído el hermoso trabajo que sigue.

Car je voudrais te voir sourrire
Pauvre enfant si triste et si beau,
Et puis tout bas j'irais le dire
A ta mère dans son tombeau!"

V. Hugo: *L'été.* "Voix intérieures", p. 62

SUMARIO.—*I. Introducción.—II. Las flores, nupcias y mariposas.—III. Las golondrinas. Emigración y ciclos universales.—IV. La Primavera aletea en la tiniebla eterna.—V. Adoración de la primavera.*

I.—INTRODUCCIÓN

Tibio invernadero de la vida, polen del cielo que todo lo fecunda, dulce arrullo de amor, la primavera es una aurora viviente, y alumbra lo que nace, se extiende y crece, se recoge en sí mismo y muere.

Poesía eterna de capullos y de flores, viene del espacio en las alas fantásticas del tiempo, que no existe, pues nadie ha pesado los minutos, polvos de las horas; llega con enjambres de golondrinas, vanelos y mérulas, currucas y monjitas, y se va con ellas. Volverá siempre, mientras que nosotros nunca volveremos del eterno viaje, porque los muertos no son los sonámbulos del Cosmos.

Las estaciones, don universal, circulan alrededor de todas las estrellas y el cielo es todo radiación y explosión de átomos, gran escenario donde por todas partes deben resplandecer los variados paisajes de inviernos, estíos, otoños y primaveras, en los planetas que cortejen a los soles. Los fantásticos canales de Marte desaparecen durante su invierno y aparecen en su primavera, quizá cuando las irisadas mariposas marcianas vuelen por el espacio, como pensamientos imprecisos e inexpresables.

En nuestra tierra la primavera vive 92 días, el estío 93, el otoño y el invierno 89. Cada estación corresponde a un cuadrante de la eclíptica, pero el vertiginoso sol no describe sobre ellas curvas iguales, y por eso Hiparco ya había reconocido la desigualdad de las estaciones, tan necesaria como la desigualdad de los pensamientos.

Hacia el tibio mes de junio, consagrado al hijo de Saturno y Rea, el Polo Norte está bañado por el sol, el calor es intenso y los días son largos en el hemisferio boreal: es la época del año llamada estío, pero en el hemisferio austral es el invierno. Hacia diciembre el Polo Sur está

bañado por el sol y entonces el invierno azota al hemisferio boreal y el estío acaricia al austral.

En el tiempo intermedio entre diciembre y junio, esto es, hacia el mes de marzo, y en la época que existe entre junio y diciembre, es decir, hacia el mes de septiembre, el sol lanza sus rayos con una inclinación simétrica hacia dos puntos del hemisferio boreal y del austral; los más oblicuos de estos rayos pasan tangencialmente a los dos polos; cruza la tierra entonces cortando a un gran círculo imaginario que se llama el Ecuador Celeste, y se forman dos estaciones intermedias del año; la primera es, en el hemisferio norte, la primavera; y la segunda, en el mismo hemisferio sur, el otoño; pero su orden es opuesto en el hemisferio austral, en tanto que, hacia el ecuador los días son iguales a las noches y se llaman Equinoccios de primavera, y de otoño los días en los cuales pasa la tierra por el Ecuador Celeste. (Ezequiel Chávez). En Méjico la primavera comienza el 29 de marzo, y el estío el 21 de junio. El 23 de septiembre comienza el otoño, y el invierno el 22 de diciembre.

En esta breve conferencia reuniré el estío y la primavera, que práctica y biológicamente se confunden.

En los trópicos son casi imperceptibles los cambios estacionales, y la fiesta de bodas de la Naturaleza no termina nunca. Parece que ahí las ninfas, náyades y Oreades, Driadas y Hamadríadas, salmodian sin cansarse, en las vegas y en las montañas, la monótona estrofa de su canción suprema: "Canten, murmuren en la selva mía, ¡oh voces de la eterna primavera!"

Pero esta plenitud de vida, que podría compararse a una inmensa caldera hirviente que se desborda, produce incurable monotonía, y los audaces viajeros deploran que falte al trópico la belleza del contraste, base de todo conocimiento y de toda contemplación, faltando en la tierra caliente los adustos pinares, los paisajes sepulcrales y hasta el gran silencio del invierno ártico, contrastando con la ardiente primavera, sus banderolas petaloídeas y de sus enramadas en floración.

Sin embargo, en nuestra patria todas las alturas contrastan y matizan el paisaje, y las nieves de los volcanes parecen la espuma alabastrina que se desborda del vaso de la tierra caliente donde fermenta el licor maravilloso de la vida.

La tierra sin estaciones parecería siempre igual y triste.

¿Cómo será la Eternidad? ¿Quién podría sufrirla eternamente? Un cielo monótono, sin nacimiento y muerte de estrellas, sería indigno de Urania.

Aun el bien y el mal son los pinceles únicos que pueden pintar el gran lienzo de la fatalidad con terribles y sangrientos contrastes: Cronwell y Czerny, Zaratrusta y Enrique V, Calígula y Trajano, 93 y 70. En el microscopio, una micra o milésima de milímetro de diferencia, permite clasificar de especies de infusorios; entre la prehistoria y la historia humana, las diferencias son de siglos; en la existencia del mundo las estaciones animan y mueven la máquina universal, hasta que todo se hunda en la monotonía y la igualdad del valle de la sombra, cuando la tierra termine su larguísima existencia.

Pero volvamos a la contemplación de la primavera, flores y nidos, besos y murmullos; al nido de los recuerdos de amor suspendido del sol: ¡seguidme! Yo soy el espía alegre y alerta de las florestas embalsamadas, los ribazos y los ríos, y hasta del callado mundo del microscopio. Siempre en acecho, os invito al biológico espionaje y a la paciente contemplación.

Miremos a través de los poros de la Naturaleza, de las celosías que guardan nupciales alcobas y danzas de moscardones dorados y mariposas de esmeralda.

Ya el doctor Sol apareció pretenciosamente en la portada luminosa del dispensario de los cielos, para asistir a los campestres asilos adonde acuden los enfermos de la vida. Ya comenzó a lanzar sus rayos ultravioladossobre las ateridas criaturas de la tierra, de los polvillos animados que saltan y circulan en la pompa de la mañana.

Arrojado con fuerza inaudita por la honda del acaso, que avienta las espirales de nebulosas al infinito, el sol nos comunica sus locos estremecimientos y determina el parpadeo de nuestros ojos, las palpitaciones de las antenas y los flagelos protoplásmicos, de todo lo que se agita y reproduce la vibración astral, como las imágenes infinitas de dos espejos en mutua contemplación.

"Hace veinticinco siglos, en las orillas del mar divino donde los cantos de los aedos, líri-

cos y poetas, apenas acababan de extinguirse, los filósofos enseñaban que la materia cambiante está hecha de ganos de existencia indefinida dotados de movimiento continuo" (1). Estos movimientos, en nuestra tierra y en todo el sistema planetario y en todo el universo, vienen de los soles y de la disociación de los átomos en el espacio.

Venid, venid, pues, a los campos, allí donde la aurora regó las gotas de su tibio llanto; allí donde nuestro corazón entristecido reclama la paz y los inmensos horizontes coloridos por la primavera, cantos y suspiros, arrullos y besos. Ya toca el Infinito con sus clarines estridentes el canto de llamada y de amor. ¡Vivid, amad, entretejed el nido!

II.—LAS FLORES

Nupcias y mariposas.

La novia espera, la flor espera; todo vaga, acecha, busca y se encuentra, animado por un soplo, la esperanza, tan débil y tan suave como el de una boquita entreabierta de niño, que duerme soñando.

Campanillas y lirios de los valles, orquídeas y zinias, mis adoradas, mis florecitas, mis girándulas o candelabros de innúmeros brazos, búcaros y misterios, inflorescencias indefinidas o definidas, centrífugas y centrípetas, tirsos y capítulos, racimos y misterios, ¿qué esperan? ¿Para qué nacen? ¿Para qué viven?

Y de los prados y de las granjas, de los rosarios y las chinampas, me contestaron dulcemente (porque yo entiendo las voces de todos los seres animados): "Vivimos para el amor."

Volaron entonces enjambres de mariposas, buscaron el néctar, hicieron temblar con sus aleteos las gráciles anteras, y llevaron en sus trompitas, en sus antenas y en sus cuerpos dorados, el polen fecundante, de milpa en milpa, de flor en flor; alegres, incansables, depositando, inconscientes, los polvillos del plasma germinativo masculino sobre los estigmas femeninos que temblaban con el deseo. Y el viento, el torrente, la lluvia, el huracán y el céfiro también esparcían sobre jardines y huertas, riberas y carpinales, el polvo de oro que se transmutará en frutas y racimos, polvo que cae sobre los campos como los fantásticos cosmozoarios de Arrhénius, que se decía vagaban entre los astros y llovían como polen del cielo sobre los planetas, para inaugurar la vida. ¡Inmenso sueño! Los rayos ultravioletas matan a todo lo que vaga cerniéndose en el éter: ¡Ay de las almas que los encuentren, si las almas existen y vibran sus alas de tul en el infinito después de que los cuerpos emiten el último suspiro!

Sabed, poetas, dice la primavera, que toda mariposa es un pregón y un soplo del amor de las flores. El néctar y la belleza de las corolas las atraen a sus órbitas y los insectos y las plantas simbióticas, vidas unidas, intereses profundos asociados, dan y reciben, llevan y fecundan, aletean y engendran.

Por eso la hermosura de la flor se refleja en las alas de la mariposa; las formas se copian, el comercio de las existencias, la feria de los campos continúan y eslabonan a los seres animados, para que la tierra adherida guarde en ellos el calor del día, de la primavera ardiente, murmullos y suspiros, y no pierda en la noche, en el invierno y en el tiempo, el calor de la derruída estructura, del núcleo y de los lacolitos, lagos de lava, relicarios de radio. También nosotros colaboramos como humildes estufas planetarias, y también el primaveral amor de todos los seres atiza la gran fragua de lo que vive, del sol a la planta, de la cuna a la tumba, y aun tal vez el radio, el potasio, el misterioso elemento radioactivo del silicio y del cobalto, anima las células hialinas, los racimos y los gineceos, las mandrágoras y los ranúnculos.

Mas un día lejano, también el mundo se morirá de frío y de una sed insaciable, agotada su radioactividad, y en su lenta agonía de millones de años soñará tal vez, con la conciencia oscura y diseminada de las grandes montañas y los continentes, en las enmarañadas selvas, en los seculares bosques y juncales, en el inmenso edredón viviente que entretejían los organismos caldeados por el fuego solar y que protegía al astro de la humanidad contra el frío de la muerte.

La antigüedad india veía en el cielo, en el alba y en la aurora, una tela luminosa y dos tejedores: la esposa divina, la aurora; tejía el traje nupcial del esposo divino, el sol. Los dioses

(1) Doctor Lamboiez (de Naney). *La estructure discontinue de la matière.* "Biologie Médicale", Vol XVIII, sep., 1928, p. 1293.

se ataviaban con una túnica luminosa, blanca o roja, de plata o de oro (1).

Ante las infinitas tristezas de la vida, las flores también entretejen el tapiz oriental de su belleza sencilla y encantadora y las contemplamos en silencio, todos los días, en el Jardín Botánico, la última obra, poética y humilde, de nuestra vida, y nos parece que ya nos conocen y nos esperan, nos aman y nos comprenden. Su ser es el nuestro por lo amoroso y melancólico, y no hay ninguna ciencia, ninguna prueba posible de que no sientan y de que no amen. Una de las plantas más conocidas y benéficas, vulgares e interesantes, la ruda graveolens, nos ofrece el espectáculo más sublime de las anteras contenidas en el tercer verticilo de la flor, que se inclinan y encorvan lentamente para besar al estigma y permanecer así largas horas en un inescrutable y profundo éxtasis de ternura, que ningún pensamiento humano ha podido penetrar. Por eso es que, algunas veces, al cortar las flores más bellas de mi jardín botánico, para ofrendarlas a las lindas visitantes, no dejo de sentir un oscuro remordimiento, sospechando que mi bárbara mano ha destruído y arrancado brutalmente los búcaros delicados en los momentos sublimes de su silencio ardiente.

En la ilimitada cadena de los entes y las cosas, muertas al parecer del reino inorgánico, las flores y nosotros somos humildes eslabones que vivimos un día y moriremos soñando cálices ignorados de una gotita de llanto de rocío, instantes silenciosos, moldes proteicos que surgen y se desvanecen en la universal palingenesia, tenemos los mismos deseos y los mismos amores; el sol, la ambrosía y el céfiro, la profunda ilusión de confundirnos con un ser semejante, la perpetuidad de la especie y el instinto de la muerte.

¿Quién ha penetrado jamás en el recinto microscópico de un pétalo de rosa o del culto gineceo para escuchar los arrullos de las células, los cuchicheos de las polinias, los pensamientos oscuros, insospechados, de los cromosomas, diminutas partículas del núcleo, que transmiten los caracteres hereditarios? ¿Por qué nuestra mentalidad, secreción aun no explicada de la ensortijada glándula cerebral, había de existir aisladamante en el centro del universo, antorcha solitaria, como el cálculo matemático, que aun chisporrotea en la nada, y no había de manar de todos los rumbos de las humildes existencias, de los microbios y las azaleas? ¿Ese pensamiento, que exige un tiempo x para ir brotando y derramándose como el néctar floral, no será, repito, la secreción de la glándula neurónica, como los delicados aromas producidos por las glandulitas ocultas de las violetas?

Si hay una poesía humana sólo puede provenir del conjunto de una naturaleza viviente y unificada de nuestras lindas hermanitas las madreselvas y las oncidias, las aves y los lampiros, larvitas fosforescentes, las cascadas que arrullan a los campos y los rayos que retumban ensanchando con sus palpitaciones al infinito. Pensar es resumir todas las sensaciones, los gorjeos, los tímidos ensayos de las formas organizadas que se pierden en el laberinto sin fin de la evolución y la filogenia. Dentro de estas herencias y recuerdos del plasma primitivo, que vive dentro de nuestra carne, las flores son nuestro ensueño y nuestra primavera, besos y murmullos.

La *Pronuba yucasela* es una modesta falena de Méjico y de Texas. Su actuación es maravillosa y demuestra que la inteligencia, simple caso particular de los fenómenos y de las ondulaciones cósmicas, no es exclusiva de los hombres. Antes que ellos, esta blanca mariposilla descubrió el más profundo de los misterios de la botánica, observando que sólo las flores fecundas producen jugosos óvulos y frutos, y que esta fecundación se hacía con los granitos de oro que se adhieren al estigma. Desde entonces, en las inmensas soledades áridas y abrasadas por un sol implacable, va a buscar este polvillo maravilloso en las flores masculinas de la yuca gloriosa y las lleva después a las femeninas, depositando sus huevecillos en el ovario, donde, más tarde, las débiles larvitas encontrarán así el sustento que necesitan para poder transformarse en falenas. ¡Este insecto precedió a Lineo y debería levantársele un monumento!

Hay en Méjico más de quince mil especies de plantas Fanerógamas o con flores; nuestra tierra es un vergel; nuestro cielo, una aurora, y los días primaverales parecen eternos; por eso el sol engendró aquí mil millones de floridas estirpes, como haces de luz que se difunden

(1) Angelo de Gubernatis. *La mythiologie des plantes.* París. Reinwald. T. II.

siempre sobre el fondo de luto de nuestra vida.

La fisiología vegetal enseña que la savia sube de las raicecillas a las ramas y las hojas, leche y néctar de la tierra, agua y sales nutritivas, asciende por los vasos de la madera y desciende por los vasos de la corteza, y como todo lo que vive, sigue el ritmo matemático de las estaciones. Al llegar el invierno se detiene en los vasos acribillados de la corteza, que cierran sus poros microscópicos. Entonces la savia duerme y la vegetación descansa; el árbol sin hojas parece entregarse al ensueño y la melancolía. Si en esa estación se le trasplanta, muere, lánguido y agotado. Pero al llegar del sol la onda enloquecida primaveral, despiértase la savia, el tamiz de los vasos de la corteza abre sus celosías, el árbol extiende sus ramajes retorcidos y brotan otra vez las yemas y las flores, y una nueva existencia estalla en las vertientes y los pastales, las barrancas y los plantíos. La vida animal también despierta del profundo sueño del invierno y los cantos de la Naturaleza disipan en un radio modesto la tristeza infinita del universo.

—¡Amaos los unos a los otros!—dice la primavera—. ¡Esconded el nido!

—Bésame para que yo te bese—responden mil voces ocultas y enternecidas...

.....

III.—LAS GOLONDRINAS. EMIGRACIÓN Y CICLOS UNIVERSALES.

¡Son ellas, ya llegan batiendo sus débiles alitas, ya cantan, ya pasan y vuelven y circulan, sobre los trigales y las lagunas, sobre los molinos y las aldeas, y otra vez volverán a mi ventana, como decía Bécquer, para posarse en el mismo nido, como el pensamiento se posa en la misma duda, que se convierte en ciencia prolongándose en el Infinito, atenta al sordo rumor del carro de la eternidad que lleva pesadamente su cargamento de estrellas! Mi maestro inolvidable, Alfredo Dugès, dice que nuestras golondrinas, según José Antonio Alzate, se van en octubre, unidas en sociedad para dar la estampida. Alzate apresó algunas golondrinas aplicándoles anillos de alambre en sus frágiles patitas; por espacio de cuatro años las vió volver en la primavera al mismo sitio, encontrándoles las mismas ajorcas.

El naturalista Azara las vió llegar hasta el Paraguay.

Estas alegres hirudíneas simbolizan con sus humildes gorjeos y cuerpecitos asaetados el pavoroso y universal fenómeno de los cielos de la vida a la muerte y de la muerte a la vida, que recorren en eterno torbellino los átomos vivientes en sus múltiples encarnaciones.

IV. — LA PRIMAVERA ALETEA EN LA TINIEBLA ETERNA

Ilusión es la gran alegría de los campos, la embriaguez de la Naturaleza, que el sol abrasa y tonifica con su antorcha inmortal!

¡Sus rayos, según la teoría corpuscular, son enormes cargamentos de partículas u ondulaciones infinitamente pequeñas y luminosas, saetas del éter, *quántum* de energía, es decir, de lamparitas intangibles que penetran en las tinieblas y las sustituyen, las ocultan, las disimulan, pero no pueden destruírlas, porque ni el hombre ni todas las fuerzas gigantescas de la Naturaleza han podido destruír un solo copo de sombra. La más leve pantalla, el párpado de nuestros ojos, la pupila del cárabo, la nube, la losa de la tumba, detienen los torrentes de antorchas diminutas y veloces, y la tiniebla aparece otra vez y siempre; invádelo todo como playa del Universo donde revienta el mar de lo desconocido.

¡La noche es nuestra augusta soberana, y su manto de estrellas, como tocado de cocuyos, apenas disipa la oscuridad donde habitan los espectros siderales, grandes fantasmas que tal vez se balancean y retuercen sobre la nada, como acróbatas horrendos y colgaduras desgarradas de las tinieblas, como andrajos infernales de las vestiduras de la eternidad, desgastadas por el tiempo y los torbellinos!

En el éter susurran las auras de las cañadas y los precipicios, y vuelan el halcón, el azor y el gipaeto, que parecen nadar en la laguna sin confines del espacio, pero dentro de las tinieblas.

La gran flor del nelumbión o de la *rafflesia* y las campanillas se abren al sol, que desde miles de millones de leguas les arroja sus millones de lamparitas errantes..., pero dentro de las tinieblas.

La Naturaleza es un gran buho que sólo tiene el instinto del movimiento, que es la vida: habi-

ta en la oscuridad absoluta, interrumpida a intervalos por las vívidas luces estelares. Las tinieblas nos inspiran terror porque presentimos que nos están observando, desde los lúgubres fondos de lo desconocido con sus ojos bizcos, múltiples, fijos y moribundos... Y el buho eterno vive dando tormento a los polimorfos seres condenados a la luz.

¡La primavera es una ilusión de nidos y arreboles; la realidad es una sombra!

V.—LA ADORACION DE LA PRIMAVERA

¡A ti llega el poeta pulsando su lira misteriosa, acompañado por gran coro de las aves, el pensamiento y el arcano!

¡A ti llega el poeta como la voz dulce y eterna de la conciencia universal, del filósofo errante que, anticipándose a la futura ciencia, comprendió a la Naturaleza como una vida diseminada y armoniosa, pues la dió al céfiro y al monte, al corazón y al rayo, al espacio y a la materia!

¡A ti llega el poeta, escucha su canción, oh primavera!

¡Diosa mía, sol mío, germen de todas las alegrías; mi loca fantasía te hace vivir como a una mujer del cielo, encantadora y adorada, hecha toda de suaves resplandores, reclinándose blandamente en crespones de nubes inmensas, etéreas inaccesibles!

¡Oh Diosa mía, santa imagen purificada de los horrores de la materia, nido de luz en mi pensamiento, visión sublime, de lejos como estrella y de cerca como escultura de alabastro; lámpara misteriosa suspendida en la cripta de mis ilusiones; numen mío, alcoba perfumada donde renace cada año toda la vida; música materializada; arrullo de amor hecho carne virginal y hermosura; aquí llegan a tus plantas los humildes pobladores de la campiña, los terromonteros y las pampas!

¡Aquí llegan las próvidas hormigas, espigadoras de los zarzales y magueyeras; pequeños exápodos por su cuerpecito, pero inmensos por la inteligencia, porque son los genios de los articulados y viven en un mundo secreto, labran sus hogares en la tierra, las gavillas, las estípulas de la *Acacia cornigera*, para crear espinas en forma de astas, donde se albergan, invadiéndolo todo, observándolo todo, como sabios mudos y potentes, sin leyes, sin altares, sin dios, sin cadalsos y sin esperanza! Cumplen su destino sobre la tierra, superando a las naciones del hombre. Son madres ejemplares y sacrificadas, obreras que nacen sin alas y sin sexo, que viven sin más amor que el de sus sobrinos adoptados, y que engendran sus reyes, eternamente afanadas, consagrándose al trabajo sin tregua, a las larvitas adoradas y tenues, frágiles criaturas que van por la vida nutridas por sus nodrizas y se transforman en reinas o en otras obreras republicanas y generosas, que sufren, combaten, mueren, dando sus ignoradas existencias a la especie, que no existe, sino como abstracción; al porvenir, que es una sombra; al conjunto de lo que existe, que es el rey de todas las sombras.

¡Hormigas, maestros de las crueles y pretenciosas humanidades, postraos ante la primavera, detened un instante la babilonia de vuestra vida, mirad a la soberana, que os trae el suave hálito para entibiar el nido, donde se oye el débil y misterioso murmullo de vuestro amor y vuestros dolores, allí donde, tal vez, pensáis siempre en el caos y en el infinito!

Y vosotras, abejas laboriosas, que enseñáis al hombre la unidad y la gloria de vuestras repúblicas platonianas; hijas encantadoras de las flores, portentosas obreras del própolis, de la miel y la cera: formáis la enjambrazón viviente y reproductora que obedece al decálogo de los mundos, multiplicando el néctar en la forma de alas y de inteligencias. Detened también, un instante, vuestros vuelos y torbellinos, inclinad las grácileS antenas, entonad vuestro epicetarismo, sinfonía griega tocada con gasas aliformes, y doblad ante la primavera vuestras múltiples rodillas, para adorarla, diosa mía, santa y dulce imagen purificada de todos los horrores de la materia.

Y hoy que veo postrado así al prolífico enjambre, escucha, primavera; canto en el pensamiento lo que vi un día, absorto, en la flor de un cacto espinoso de mi jardín botánico: había en él una corola como tejida con rayos de aurora, como propileo o vestíbulo del templo del amor, y en su disco, inmóvil, muerta, acostada del lado de la sombra, yacía una pobrecita abeja, agotada tal vez por la tarea eterna que extrae la vida de otra vida, para sus hijos, para llevarla en forma de ámbar líquido al panal.

O quizá la inocente trabajadora se envenenó con el néctar tóxico y dulce, como la pasión... Y ahí estaba su cuerpecito rígido, como una cruz junto al hastial del camposanto, ahí la alcanzó la segadora siniestra en su cogitación última y profunda, y ahí murió suavemente, sin emitir un suspiro, sin estertor y sin el miedo de la nada. ¡Qué cáliz, qué tumba! Entre el perfumado néctar, sobre el suave lecho de una flor, velada por los cirios de pistilo y anteras, rindió el ser, durmióse sin pena, plegó sus alitas y esperó al hada invisible de las florestas, que la llevara en sus blandas angarillas a los secretos laboratorios donde cambia la forma, dentro de la ley universal de la indiferencia universal; ley mía que caldea mi pensamiento, pues que todo se revuelve en todo, y todo átomo, todo ser, todo mundo y toda vida son indiferentes en su fondo, de manera que se unen a otros átomos, a otros seres, a otras vidas en lo indefinido del tiempo y del espacio, rodando, rodando, indiferentes, como muertos...

Y después de que los seres difundidos en los derrumbaderos y en las milpas han desfilado, todos, ante tu altar, ¡oh diosa enflorada de la vida!, mira a mi amada, de la juventud lejana, que también llegaba para adorarte, absorbiendo tu ser y tu hermosura en las emanaciones del sol, en el aroma de las flores. Era una condensación de la Naturaleza, una obra suprema de la evolución de los organismos animados; y fuí a ella, un día del pasado, y me desplomé en su regazo, implorando consuelo, ya que no pude encontrar el secreto del Universo...

Y creí que ella, tal vez, lo contenía, porque Galdós dice que el amor es la verdad eterna, y yo afirmo que la mujer, tímida y dulce, hecha para el sufrimiento, es una gota de llanto vertida por una estrella, y absorbió su misteriosa melancolía al ir descendiendo en el espacio y recibir el beso de la Luna.

Al separarse los sexos, en el principio del mundo, en el humilde reino de bacterias y las algas del mar o de los estanques misteriosos, cada ser vivía más intensamente en sí mismo y en otro que le esperaba en silencio, formando, al multiplicarse por medio de un amor primitivo, los eslabones de que forma parte la humanidad, ciñendo al mundo como una corona primaveral de bronce helénico y eterno, como la vida.

¡Inaudita fecundidad polimorfa del huevo inmenso de la tiniebla!

Formó las huestes de los vivientes, desde el traslúcido plasma inicial hasta los genios y las beldades que rivalizan con la primavera.

CONCLUSIÓN

Ante los montes escalonados como soportales o claustros del Universo; de pie en el trigal vibrátil, cuyas blondas espigas absorbían del sol la energía que en nosotros había de transmutarse en vida e inteligencia, saludé con alegres madrigales a la Naturaleza, ataviada por la estación florida, y creí un momento que todo era dicha y ternura sobre la tierra. A lo lejos, los ganados pastaban diseminados sobre laderas y colinas; el pastor dormía; el águila trazaba en el éter sus paralajes y espirales sin fin; las libélulas volaban como aeroplanos, campeones de las carreras del viento, y las coquitas ensayaban su canción entre las frondas. Mil insectos bullían en los rastrojos; las flores se levantaban sobre multicolores lechos de verdura, como pupilas estáticas; las corolas del Manto de la Virgen copiaban el azul del cielo, que se confundía con ellas, y tal vez con las ondas internas del lago microscópico de la conciencia. Mil rumores indefinibles brotaban, cual canción pambiótica, de los nidos y las malezas, y todo se unificaba en un esplendor luminoso y ardiente.

El poeta, inspirado por el conjuro de la primavera, murmuró las estrofas de su epitalamio, extendiendo lentamente los brazos, como si quisiera aprisionar entre ellos al Infinito, para sentir sus latidos profundos y cadenciosos.

A. L. HERRERA

Méjico, 2 diciembre de 1928.

NOTAS ADICIONALES

1.ª—PRINCIPIO DE LAS ESTACIONES EN MÉJICO

Primavera.—El día 20 de marzo, a las 19 horas 35 minutos, llega el Sol al signo de Aries, comenzando a esa hora el Equinoccio de Primavera, en que los días y las noches son iguales en toda la Tierra. En el hemisferio Sur entra el Otoño.

Estío.—El día 21 de junio, a las 15 horas 1 minuto, llega el Sol al signo de Cáncer, comen-

zando a esa hora el Solsticio de Estío, en que el día es el mayor del año y menor la noche. En el hemisferio Sur entra el Invierno.

Otoño.—El día 23 de septiembre, a las 5 horas 53 minutos, llega el Sol al signo de Libra, comenzando a esa hora el Equinoccio de Otoño, en que los días y las noches son iguales en toda la Tierra. En el hemisferio Sur entra la Primavera.

Invierno.—El día 22 de diciembre, a las 0 horas 53 minutos, llega el Sol al signo de Capricornio, comenzando a esa hora el Solsticio de Invierno, en que el día es el menor del año y la noche la mayor. En el hemisferio Sur entra el Estío. *(Calendario de Galván,* para 1929.)

2.ª—IMPORTANCIA DEL AMOR

Los placeres sexuales, lejos de ser la prueba de nuestra caída en el paraíso, han determinado el amor y la evolución, en gran parte, de la humanidad y la naturaleza, las bellezas del campo en primavera y el arte. El sexo ha producido el esplendor de la poesía, es su origen y tiene el papel más importante en la civilización. Véase: *La beauté du sexe, L' en defiors.* Noviembre, 1928, p. 1., artículo de Grant Allen.—París-Orleans.

La tertulia de un hombre libre

XIX — Desterrados

La actualidad europea era penosa. De varios países partían para el destierro hombres eminentes. Nuestra conversación, empapada de simpatía para uno de estos desterrados, duró largo rato. Su alta significación, que el destierro evidenciaba, nos acercó más de lo que ya estábamos a él. Discípulos suyos en muchos aspectos, precisamente porque nos había obligado a pensar hasta contra él, hicimos acabado elogio de su obra y de su vida, desde los más diversos puntos de vista.

Luego de esto, el animador dijo:

—No sólo los hombres que por una disposición ajena parten hacia el destierro están desterrados. Viviendo en el propio lugar en que se nace, sin salir nunca de él, se puede estar en pleno destierro. Para los hombres inquietos, apetentes de otros modos de vida más intensos, más pasionales, más dinámicos, el mundo entero es lugar de destierro. Las ciudades populosas, los pueblos, los caseríos aislados en los campos, albergan a millares de desterrados de esta índole. Todos los mejores hombres del mundo pasan su vida en el destierro, pues que nada de lo que les rodea está acorde con su sentido de la existencia, ni con su temperamento, ni con su fuerte deseo de que la vida revista otras formas menos ásperas y más intensas, menos secas y frías y más instintivas y vitales.

Estas palabras nos produjeron una impresión insospechada. Todos recordamos, oyéndolas, nuestras propias experiencias respecto al particular, que estaban como dormidas en algún apartado rincón íntimo, revueltas con muchedumbre de cosas desagradables, de esas que tan fácilmente se olvidan.

El animador continuó:

—En las mismas asociaciones a las que el hombre desterrado acude buscando un poco de cordialidad, de charla agradable, de convivencia grata, no tarda en encontrarse también desterrado, o sea desarraigado, fuera de su centro, en ambiente que no le es propicio. Las formas de vida actuales son esquinadas, desagradables, llenas de aristas que se clavan en la carne. La criatura sensible se encuentra forastera en todas partes, alejada de todas forzosamente, ya por su voluntad, unas veces, o ya, otras, por la sequedad de fuera, por ese gesto de rechazarle que le hacen las cosas de fuera.

—Olvidas, querido amigo—exclamó un contertulio, aunque sin gran convicción, pero con

el deseo de hacer menos penosas las ideas que el animador estaba exponiendo—, que existe un instinto de solidaridad.

—Hay, ciertamente—repuso el animador—, en muchos aspectos de la vida de los hombres, un instinto de solidaridad que los impulsa a ayudarse, la mayor parte de las veces, ya está dicho, por instinto, es decir, sin que intervenga el conocimiento. Pero esto no evita el destierro. Puede existir éste aun en medio de las relaciones más solidarias. A veces, se rehusan ciertos ofrecimientos y ayudas, no obstante constituir tal actitud un sacrificio, para no tener que avergonzarse de verse más o menos ligado a personas que viven, moralmente, por completo aisladas de nosotros. Estamos, con relación a ellas, desterrados. Admitir su ayuda crearía una relación artificial, falsa, sin consistencia, entre ellas y nosotros. Lo cual no haría más que agravar el fondo de la amargura de nuestro destierro íntimo, espiritual, atravesado de dolorosa angustia.

Hubo una breve pausa. Y como no se le hiciera ninguna nueva observación, el animador agregó:

—Cuando el destierro parte de fuera, por una orden, no es tan penoso. Si no dura mucho tiempo, aunque la persona desterrada viva en todas partes en perpetuo destierro, por su personalidad insobornable a todo lo exterior, el hecho de que sea desterrada por disposiciones ajenas la hace simpática a los mejores hombres que haya entre los que la rodeen, los cuales tendrán para ella atenciones, palabras afectuosas, trato frecuente y desinteresado. Cuando el cansancio tienda a acabar con todo esto, el destierro habrá terminado y el desterrado no habrá sufrido, por el destierro impuesto, grandes dolores. Y hasta su fondo insobornable, y con naturaleza de desterrado de todas partes, habrá sufrido menos durante aquella temporada, gracias a la estancia entre personas que le atienden por el otro destierro. Ser desterrado de este modo casi es un regalo. Pone un poco de sal en la vida. La amargura es atravesada por sensaciones de gozo. El sitio a que se va se torna propicio, pues que las mejores gentes se esfuerzan por procurar al recién llegado, víctima de persecución, grata existencia. Resulta entonces que se está mejor en el destierro que en la tierra de que se sale. Y hasta cuando se es, por la inquietud, un desarraigado de todo lugar, en aquel al que el destierro lleva, la vida es menos sombría, puesto que por la brevedad no se echarán de ver las cosas que se oponen al inquieto temperamento, descontento de todo.

—Siempre—observó un contertulio con tono preocupado—las cosas externas son menos atormentadoras que las íntimas.

—Sin duda alguna—repuso el animador—. La fuerza de nuestros enemigos puede no dejarnos descansar nunca, tenernos en perenne destierro. Lo sentimos, porque esto es prueba palpable de que ellos vencen; pero, en el fondo, podemos sonreír de su victoria, puramente exterior, toda vez que el destierro demuestra que íntimamente no nos vencen. Mas cuando el hombre, en lo íntimo, se siente desterrado en todo lugar en donde se halle, la victoria de lo de fuera es más amplia y lograda, y lo hecho contra las causas de esa victoria más ardua, empeñada y terrible. Del destierro por causas exteriores podemos sonreír con gesto burlón. Del otro, no nos es dable otra actitud que la preocupada, plena de dolor y de una tristeza densa, honda y conturbadora.

Después de estas palabras, tan cargadas de desasosiego, el animador permaneció largo rato en silencio. No acertamos a encontrar frase oportuna para reanudar la charla. Nos miró a todos, animoso, y continuó:

—Los rusos que andaban por el mundo en tiempo de los zares, aparte de la nostalgia de su país que sentían, natural y comprensible, estaban alegres en cierto modo, se entregaban con ímpetu a las tareas más extraordinarias, gozosamente soñaban en la época que estaban preparando para la lejana nación en que habían nacido, época de libertad y de una mejor convivencia para todos los hombres. Eran desterrados por coacción externa, pero íntimamente se sentían fuertes contra sus enemigos, no se declaraban vencidos y seguían luchando con ardoroso entusiasmo, que era la maravilla de cuantos lo presenciaban. Ahora muchos de aquellos rusos, de regreso a los lugares donde transcurrió su niñez, deambulan por allá—testigos de honda capacidad de observación nos lo han explicado—como sombras, desterrados de su propio ambiente, sufriendo el otro destierro terrible y sin consuelo que nace de lo íntimo. Es que se han hundido muchas de sus esperan-

zas; es que han visto caer, de un modo inevitable, el edificio que habían construído con sus sueños. Aunque salieran nuevamente de Rusia, desterrados por la fuerza que se impone, o voluntariamente, no serían ya los alegres aunque nostálgicos desterrados de antaño. Se encontrarían forasteros en todas partes, pues que empiezan por sentirse en esa situación de ánimo allí donde esperaban hallarse gozosos en plenitud.

—Vagan por Europa ya—aseveró un contertulio recién llegado de Alemania—muchos rusos que no se parecen a los rusos de antes.

—Nada más natural—observó el animador—. Su destierro de antes era externo; encontraban en otros lugares consuelo aquietador y reconfortante. Su destierro de ahora ha enraizado en lo íntimo, y en todas partes se hallan extraños, doloridos, como espectros. La lección les ha sido insoportable. Y no todos han tenido fuerzas para erguirse airados y enfrentarse, decididos, con el enemigo. La mayoría de ellos son los mismos del tiempo pasado. Pero entonces eran jóvenes y ardía el ímpetu en sus venas. Ahora son viejos y ven que les llega la hora de morir, que esa hora no tiene espera, y que se acerca sin que cuanto soñaron en la juventud haya aparecido aún en el horizonte. Vacilantes, decaídos, con el peso de los años y de las desilusiones sufridas, pasan la poca vida que les queda presas de una tristeza profunda, que pone en sus rostros un gesto doloroso, como estereotipado. Viven ya en perpetuo destierro. Están cerca de todos los mejores hombres del mundo, que en perenne destierro viven también. Pero las ásperas relaciones humanas, hacen que hasta los desterrados absolutos vivan en destierro aun entre ellos mismos, ya porque nunca lleguen a conocerse, o bien porque las apariencias les hagan juzgar muy lejos de sí a quienes más cerca están de ellos.

La amargura que rezumaba de estas consideraciones, infundió en todos los ánimos honda emoción. El animador, cuya palabra se había tornado ya blanda, por la tribulación que le embargaba, dispuesto, sin embargo, a extraer todo su significado del tema que desentrañaba, agregó:

—El destierro de fuera, cuando aun se tiene esperanzas, es la sal de la vida. Se significa algo en el sitio de donde uno se ve obligado a salir, y se es bien recibido en aquel hacia el que se ve empujado. Se lucha, se suena, se siente la pasión que hincha el pecho con una fuerza admirable; se mira a los enemigos un poco por encima del hombro; se acarician pensamientos preñados de potencia, para hundir cosas que deban hundirse; se enfervoriza la mente en ansia de transformaciones para el lugar a donde no se puede volver, para poder volver. La vida adquiere un valor nuevo, hondo, amplio.

Pero cuando el destierro es íntimo—continuó con voz más blanda todavía—; cuando en ningún sitio de la tierra se encuentra el hombre gustosamente; cuando por lecciones dolorosas ha perdido la esperanza, o cuando por temperamento demasiado rico no las acaricia nunca, este destierro es un tormento sin límites, que sólo ofrece un camino: el de la desesperación. Mas la desesperación, en hombres de valía, es grande cosa. Puede dar frutos de maravilla. Las mejores obras humanas, son hijas de la desesperación. Hasta el doloroso destierro íntimo, por lo tanto, es sal de la vida, aunque amarga. Se gusta en la linde última a que puede llegar la resistencia humana, pero su sabor, complicado, sencillo, después de pasar por las mayores complejidades, lleva al hombre a descubrir el valor más alto: el del sentido trágico de la vida.

Luego de dichas estas preñadas palabras, el animador, un poco demudado, se puso en pie. Estaba pálido y sus ojos brillaban de un modo desusado. Salimos todos, en silencio, temblorosos de desasosiego.

DIONYSIOS

Si en la localidad en donde reside no hay corresponsal de esta Revista, facilítenos una persona solvente que se encargue de su venta, o conviértase usted mismo en corresponsal, recomendándola a todas las personas amantes del estudio.

Colección "Vértice"

Tomos de 160 a 200 páginas, a 1'10 pesetas

TITULOS PUBLICADOS

La lucha por la Existencia, por Darwin.
Apología Socrática, por Platón.
El pasado y el porvenir del pueblo, por Lamennais.
Los habitantes de Marte, por Flammarión.
La Mancebía, por Maupassant.

Háganse los pedidos a esta Administración: Apartado 168, Valencia.

LILLA HEMMET

Los que tenemos por oficio la siembra de ideas, presentimos a veces cuál va a ser el resultado de nuestra campaña cuando una sombra fatídica cruza el campo en el momento preciso de arrojar la simiente. No importa. El imperativo del deber demanda entonces redoblado esfuerzo al ánimo decadente, y... sembramos... sembramos sin cesar y sin esperanza de ver algún día la incierta cosecha.

Hoy traemos nuevos productos de países avizores. Traemos algo interesante de las tierras de Suecia. Leyendo y reflexionando sobre la obra social que este admirable país lleva realizada en lo que va del presente siglo, piensa uno con dolor en lo poco que aquí hacemos, en lo rezagados que vamos en esta labor de desquite del mal y previsión del bien. Un poco de inquietud oficial ha habido—es cierto—en este último quinquenio; pero en la esfera privada reina aún el tradicional marasmo que nos impide toda coordinación de esfuerzos en el interior y el paralelismo de marcha con los países europeos de vanguardia.

Pero no queremos criticar, sino informar sobre lo que Suecia hace respecto a servicios higiénicos y sanitarios, enfocados a la protección del niño y limitando hoy nuestra información al punto concreto de la "lúes", en donde se advierte una plausible obra de asistencia y de previsión tanto en las esferas oficiales como en la acción privada.

Desde 1903 ya existe en Suecia una norma legislativa de eficacia práctica. Pero la ley votada hace diez años (1918) es reflejo luminoso de largos años de serios estudios y amplias investigaciones. Puede considerarse como modelo en su género, ya que algunos de los Estados más progresivos de Europa en cuestiones sanitarias han estudiado en Suecia los procedimientos que allí se emplean para combatir las enfermedades venéreas, uno de los azotes más terribles de la humanidad.

Pero independientemente de la acción oficial, la iniciativa privada despliega constantemente sus esfuerzos y realiza obras beneméritas como la de los *Establecimientos Welander*, extendidos ya por Noruega, Dinamarca y Alemania, de los que es matriz y modelo "Lilla Hemmet", establecimiento (¿asilo? ¿sanatorio? ¿las dos cosas?) fundado en Estocolmo en 1900 para los niños heredosifilíticos por el sabio sifiliógrafo y gran filántropo sueco Dr. Edvard Welander.

Como dice muy bien un informe sanitario sueco: "Los niños heredosifilíticos tienen siempre ante sí un porvenir muy incierto en lo que se refiere a su propia salud, pero ellos constituyen igualmente en razón de la persistencia, durante varios años, de su facultad de contagio, un *peligro social* para cuantos les rodean."

Nadie como el Dr. Welander estaba más en posesión de esta cruel verdad, por su larga experiencia en el estudio y tratamiento de su especialidad médica. Tal vez por eso, él fué quien ideó la institución "Lilla Hemmet", buscando un remedio para esta plaga social. Entendía el Dr. Welander que creando establecimientos donde los niños atacados de heredosífilis pudieran pasar algunos años en buenas condiciones higiénicas, además de seguir con toda constancia el tratamiento específico y en perfecto estado de aislamiento, podría desaparecer todo peligro de contagio para la sociedad. Asimismo se podría esperar que, para algunos de esos niños, el tratamiento específico terminaría por una curación completa y disminuiría grandemente el número de débiles, ciegos, sordomudos, idiotas, etc., que son carga pesada para la sociedad.

Animado de este generoso espíritu, el doctor Welander hizo un llamamiento caluroso a la beneficencia privada, en donde encontró favorable acogida y la suma necesaria para abrir en 1900 el primer centro de este tipo en el que debía poner en práctica su feliz idea. En efecto, "Lilla Hemmet" se desarrolla rápidamente, hasta el punto de que en 1910 se inaugura un mag-

nífico edificio de nueva construcción en el que actualmente se dispone de 50 camas y de un capital de 900.000 coronas.

¿Cómo funciona? En general, los recién nacidos luéticos son primeramente cuidados por sus madres, con frecuencia en los hospitales, mientras dura la lactancia. Después del destete (o antes, en los niños criados con biberón) ingresan los parvulitos en "Lilla Hemmet". Permanecen aquí tres o cuatro años (o más si así lo exige su estado) y son atendidos todo el tiempo que sea preciso por los métodos más modernos. No salen hasta un año, por lo menos, después de una ausencia de recidiva clínica y serológicamente comprobada.

Una encuesta realizada en 1925 (con motivo del 25 aniversario de la fundación) ha permitido comprobar que entre los 158 antiguos pensionistas de los que se pudieron obtener informes, 18 habían sucumbido de afecciones manifiestamente extrañas a la sífilis y la mayor parte en el curso del primer año. Entre los 140 restantes, la mayor parte, o sea 118, podían, en razón de su estado físico y psíquico, considerarse como casos curados. La duración de la observación de estos enfermos ha variado entre 4 y 25 años. 74 habían sido seguidos durante más de diez años.

El éxito rotundo de este ensayo hizo que se propagase a otras ciudades suecas, entre ellas Gotemburgo y Malmo. El país vecino de Noruega fundó "Establecimientos Welander" en Oslo, Bergen y Trondhjem. Dinamarca también los organizó en Copenhague, El Seneur y Jutland. Alemania los tiene establecidos en Berlín.

LUIS HUERTA

De la lucha antituberculosa

De una forma reiterada y dogmática se mantiene, por médicos de notoria autoridad, la afirmación de que la profilaxis de la tuberculosis ha de consistir, fundamentalmente, en la evitación del contagio por medio del aislamiento de los enfermos en lugares adecuados (sanatorios) y en el empleo de medios artificiales de inmunidad, como son las vacunas.

Dicha afirmación, que condensa la manera de estar enfocado el problema de la tuberculosis en la actualidad, descansa sobre la doctrina del contagio, y esta doctrina se apoya, a su vez, en el hecho de experimentación de la inoculabilidad del bacilo tuberculoso. Pero esto, que puede ser verdad en laboratorio, puede no serlo en la clínica humana, pues una cosa es la inoculación artificial por medio de bacilo tuberculoso y sus toxinas, y otra cosa el proceso fisiopatológico y clínico del desarrollo de la tuberculosis en un organismo que se defiende. Y aquí estriba precisamente el nudo de la cuestión.

Para los médicos contagionistas, el microbio ocupa el primer plano en la génesis de la tuberculosis. *El bacilo de Kochi es la causa de la tuberculosis.* Por tan axiomática se tiene esta afirmación hoy día, que sostener la afirmación contraria es un acto irreverente y anticientífico. La precisión casi matemática a que han llegado las ciencias fisicoquímicas ha influído en la mentalidad médica contemporánea para aceptar con excesiva facilidad doctrinas médicas que se tienen por dogmas indiscutibles. Pero es bien cierto que, tratándose de hechos biológicos, como son todos los que se dan en Medicina, no se puede llegar a fórmulas simplistas. Los problemas médicos son más complejos, y hay que desconfiar, o por lo menos mirar con cautela, aquellas afirmaciones rotundas que tan a menudo salen de los laboratorios.

Hace un centenar de años la tuberculosis se consideraba como una enfermedad espontánea. Actualmente se cree que es una enfermedad venida de fuera por mediación de un agente exterior: *el bacilo ácido resistente de Kochi.* Sin bacilo, se dice, causa primera y única, no es posible la tuberculosis; luego toda la lucha contra esta enfermedad ha de basarse en la evitación y en la destrucción de ese bacilo.

Yo, que no soy contagionista—y que no me duelen prendas—, creo firmemente que dentro de otros cien años habrá cambiado el concepto patogénico de la tuberculosis por un retorno inaplazable al humorismo hipocrático, que nos llevará como de la mano a considerar el bacilo tuberculoso no como la causa determinante de dicha enfermedad, sino como el efecto de una previa deterioración orgánica caracterizada fundamentalmente por una alteración bioquímica de nuestro medio interno (sangre).

La doctrina del contagio es a menudo un fácil comodín de nuestra ignorancia sobre la biología del bacilo de Koch en particular y de los demás bacilos patógenos en general. Se han venido aceptando con demasiada credulidad y buena fe los descubrimientos de laboratorio, y esto es causa de sorpresas desconcertantes.

Aceptada la especificidad microbiana basada sobre la experimentación artificial, no acertábamos a explicarnos ciertos hechos clínicos de observación que están en contradicción con los hechos observados en el laboratorio. Así, por ejemplo, un mismo microbio puede producir cuadros clínicos muy dispares: un neumococo engendra una vesícula de herpes, una neumonía o una meningitis; un estefilococo puede a la vez producir un forúnculo o una osteomielitis, así como un estreptococo producir una escarlatina, una erisipela o una grave septicemia. En la misma tuberculosis, ¿por qué en unos individuos el bacilo da lugar a una granulia capaz de matar a un enfermo en tres meses o menos, y en otros casos da lugar a una forma tórpida que evoluciona en años y aun llega a curarse? Por otra parte, vemos también, inversamente, cómo las distintas enfermedades infecciosas pueden ser producidas por uno u otro bacilo o cocobacilo, como, por ejemplo, una pulmonía, que lo mismo puede ser producida por el neumococo que por el bacilo pestoso; una meningitis, que tiene por origen un meningococo, un bacilo de Koch o el microbio de la fiebre tifoidea.

Luego, si las enfermedades infecciosas dependieran exclusivamente de las condiciones específicas del bacilo, observaríamos cuadros clínicos idénticos, en relación con la pretendida especificidad microbiana. Y no es así, como hemos visto. Lo mismo podríamos decir en lo referente al fenómeno del contagio. Hay quien está toda la vida al lado de tuberculosos y no se hace tuberculoso; y hay, en cambio, quien se hace tuberculoso a pesar de todas las medidas de aislamiento. Luego hay que convenir que en el proceso infeccioso existe un factor que condiciona la evolución de aquél; factor que hasta ahora apenas se había dado importancia, por estar puesto todo el pensamiento médico contemporáneo en la lucha antimicrobiana. Dicho factor no es otro que el terreno orgánico, que pasa a ocupar el primer plano de importancia en la génesis de las enfermedades.

Las nuevas orientaciones médicas reconocen que existe un estado de predisposición constitucional como fondo necesario de todo proceso patológico. Así lo reconoció Marañón en su reciente conferencia sobre la etiología emocional de la enfermedad de Addison. Pero lo que no se acaba de aceptar con toda amplitud es el criterio naturista, según el cual esta predisposición constitucional constituye el fondo indispensable de toda enfermedad microbiana. Y así tiene que ser, pues de lo contrario, y de ocurrir las cosas de la forma que las pintan los partidarios de la doctrina del contagio, la humanidad hubiese desaparecido ya. Hay que admitir, pues, la mutabilidad de las especies microbianas, merced a la cual un determinado microbio pasa de inofensivo (saprofito) a patógeno. ¿Y por qué no? El microbio, como todo ser vivo, tiene que reaccionar a los cambios del medio en que vive, y así será inofensivo o virulento según el grado de vitalidad del organismo, y según las reacciones químicas del medio interno. Dicho más claro: nuestras taras humorales y las condiciones de vida antifisiológicas son las que hacen agresivos y virulentos a los microbios. Ya Pasteur, en sus estudios sobre el carbunco, emitió la ley de mutabilidad de las especies virulentas. Los estudios modernos de nuestro Ferrán sobre la evolución del bacilo de Koch, de formas saprofíticas o patógenas, son un corolario de dicha ley. Sabido es también que todo hombre sano es *portador de gérmenes*, y que estos gérmenes pueden hacerse virulentos. Los microbios de la difteria, de la pulmonía, de la erisipela, son huéspedes habituales de nuestras cavidades bucales. Estamos rodeados de gérmenes microbianos por todas partes, e ingerimos a diario cantidades

insospechadas de estos gérmenes, algunos extremadamente virulentos.

Nuestro tubo digestivo está poblado de un ejército microbiano formidable. Según Golbert y Dominici, existen en el estómago de una persona normal 50.000 gérmenes por centímetro cúbico, 100.000 en el intestino delgado y de 25 a 30.000 en el intestino grueso. Por otra parte, el género de alimentación modifica notablemente la flora microbiana digestiva, y así, por ejemplo, estos mismos autores han visto que la cifra de microbios contenidos en las materias fecales de un sujeto carnívoro llega a 67.000 por centímetro cúbico, y que desciende a 2.250 después de cinco días de régimen lácteo.

Es más; los microbios son unos preciosos colaboradores de las funciones digestivas, pero es a condición de que se ingieran alimentos fisiológicos. Es cosa demostrada que los sujetos sometidos a régimen vegetariano son indemnes a la fiebre tifoidea y a la apendicitis. Por el contrario, la carne, alimento antifisiológico por excelencia, engendra ptomaínas, ácidos y cuerpos aromáticos, que son causa de graves autointoxicaciones, de parálisis de las reacciones protectoras y, como consecuencia, de la transformación de gérmenes saprofíticos en patógenos.

Así se explica que individuos que beben agua hervida y no toman más alimentos que los muy cocidos y esterilizados, pueden adquirir la fiebre tifoidea sin antecedentes de existir en el país ningún caso reciente de dicha enfermedad. Y es que, como apunta muy bien Paul Carton, el silencio y la inactividad de todos los gérmenes es el hecho resultante de la integridad fisiológica de nuestros órganos. Petenkofer y Peter no tuvieron inconveniente en tragarse, respectivamente, cultivo de bacilo del cólera y de la difteria, para demostrar prácticamente que los microbios, aun los más virulentos, pasan a través del cuerpo *sano* sin afectarle para nada, de la misma forma que un rayo de sol pasa a través de un cristal sin romperle ni mancharle.

¿A qué, pues, tanta zarabanda con el fantasma del contagio, especialmente en lo que se refiere a la tuberculosis, de lo que ya dijo con gran acierto Pidouse, no es una enfermedad que comienza, sino que es una enfermedad que termina?

Recientemente hemos leído en *El Sol* unos artículos suscritos por un afamado tisiólogo, autor asimismo de un folleto de divulgación sanitaria contra la tuberculosis, en los que con unos tonos espeluznantes nos pintaba los peligros del contagio tuberculoso. A nuestro juicio esta propaganda es contraproducente, porque se hacen ver al gran público peligros que no existen, y en cambio no se le impone en la verdadera higiene, la cual no consiste en aislarse de los microbios, sino en un conocimiento más exacto sobre los verdaderos motivos de salud y de enfermedad.

Sobre este tema hay mucho que hablar, pero por hoy basta con las ideas apuntadas, no sin antes prometer a los cultos lectores de ESTUDIOS seguir ocupándome de tan candente problema.

M. AGUADO ESCRIBANO

Tarjetas Postales de "Estudios"

La publicación de estas postales-retratos obedece a un noble propósito de difundir y estimular el amor al estudio, y no de contribuir a ninguna clase de idolatría. Queremos simplemente que ante los hombres que más se han destacado, por su labor útil y fecunda, en la evolución del pensamiento humano, cada cual sienta el deseo de conocer su vida y estudiar su obra.

Cada serie, compuesta de 12 tarjetas, la integran: Un filósofo, un poeta, un pintor, un revolucionario, un escultor, un músico, un inventor, un precursor, un gran novelista, un escritor y un pedagogo.

Se han puesto ya a la venta las colecciones siguientes:

SERIE I.—*Kant, Rabindranat Tagore, Goya, Bakunin, Miguel Angel, Beethoven, Gutenberg, Fourier, Colón, Dostoyewski, Larra y Pestalozzi.*

SERIE II.—*Voltaire, Shakespeare, Leonardo de Vinci, Eliseo Reclus, Alonso Cano, Mozart, Alejandro Volta, Roberto Owen, Galileo, Zola, George Brandes y Francisco Giner de los Ríos.*

SERIE III.—*Kierkegaard, Schiller, Velázquez, Kropotkin, Benvenuto Cellini, Albéniz, Marconi, Fernando Lasalle, Horacio Wells, Tolstoi, Antón Chejov y Ellen Key.*

SERIE IV.—*Guyau, Goethe, Zurbarán, Luisa Michel, Rodin, Rimski Korsakoff, Branly, Saint Simón, Einstein, Balzac, Angel Ganivet y Clapérede.*

SERIE V.—*Rousseau, Heine, Rembrandt, Otto de Guericke, Pasteur, Isadora Duncan, Wagner, William Morris, Salvochea, Linneo, Thomas Munzen y Cervantes.*

SERIE VI.—*Carlos Spittler, Proudhon, Carlos Pisacane, Gabriela Mistral, Rafael, Panait Istrati, Schumann, William James, Berthelot, Esteban Grey, Quevedo y J. M. Fabre.*

Cada serie de 12 tarjetas se vende a 1'50 ptas.

Pídanse a esta Administración, anticipando el importe por giro postal o en sellos.

Sin interrupción seguirán nuevas series, hasta completar y reunir en esta colección, que no dudamos en afirmar será la más valiosa y selecta de las conocidas hasta ahora, todos los grandes hombres que con su genio dieron impulso al progreso del mundo.

Advertimos a los colaboradores espontáneos, que no se devuelven los originales, publíquense o no, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

Exégesis médico-alopática

Si previamente no estuviera convencido de la verdad e inmutabilidad de los principios básicos de la Medicina naturista, de sus sabias y científicas leyes, de sus prácticos, reales y experimentales efectos, le convencería a uno, el más ofuscado, la desorientación y crítica que de ella hacen los pontífices y magister de la Medicina alópata u oficial.

Voy a exponer y presentar a mis lectores unos *retazos* de muestra.

La Medicina, dice Bier, es filosofía y además Arte y Técnica; pero esta trilogía no ocupa igual espacio y consideración en la mentalidad y en la formación de todos los médicos; para unos, los menos, es pura Filosofía, la Filosofía es la madre de toda verdadera ciencia; para otros, es Técnica pura, sin Filosofía ni Arte; para los terceros es Arte, sin Filosofía y sin Técnica.

El médico más completo, el más perfecto, será aquel que sea un profundo filósofo, domine muchas técnicas y sea un artista en su profesión para ejecutarlas; sin tener una gran dosis de estas tres modalidades el médico dejará mucho que desear en el ejercicio de su sagrado ministerio.

Médicos filósofos escasean en extremo; técnicas se dominan pocas; artistas son los menos; *Ars longa, vita brevis,* dijo ya Hipócrates hace veinticuatro siglos.

Podéis dirigir la mirada a vuestro alrededor y clasificarlos en estas categorías y veréis la penuria que existe.

El Arte clínico es anterior, muy anterior a la Medicina científica y a la Biología.

Hemos de recordar al lector que para nosotros la Medicina alópata no es ciencia; sólo es científica la Medicina naturista, porque se funda en principios ciertos y evidentes; porque tiene su indefectible sanción, jamás faltan sus buenos efectos y siempre quedan penados sus contraventores; porque es la única que universalmente y en todos los tiempos ha existido y ha estado en pleno vigor. Pero de esto hablaré otro día.

La ciencia que no tenga unidad de principios y de doctrina, unidad de medios y unidad de fin u objeto, no es ciencia. *Bonum. ex integra causa; malum, ex quaconque defectu.*

Dígase si esto concurre en la Medicina alópata.

Pero voy a seguir el comenzado hilo.

¿Pero un Arte clínico, sin dirección de una Medicina científica, puede ser eficaz al objeto de curar a un hombre enfermo?

Rotundamente afirma el Dr. Bañuelos, sí. Y hay que reconocer que tal Arte clínico, sin dirección científica, será eficaz y, efectivamente, lo comprobamos todos los días, es eficaz en muchos procesos morbosos.

Esta verdad que no puede discutir ningún clínico actual, justifica la existencia de los curanderos, saludadores y médicos titulados oficialmente y que emplean procederes no catalogados oficialmente y que, como acabamos de ver, dan resultado lo mismo que los manejados por aquéllos.

El empirismo tiende al sistema en Medicina clínica, y, por lo tanto, los éxitos logrados se medirán por la verdad que el sistema encierre dentro de sí. Esto es, por el número de casos clínicos —curados— que caigan dentro de la verdad que encierre, coja, abarque y cure el tal sistema del rudo y bárbaro empirismo.

"No ignoremos, agrega el docto y doctor Bañuelos, que nuestras afirmaciones biológicas actuales de orden científico, de riguroso orden científico, tampoco tienen otro valor. Ni podrán tenerlas las venideras, ya que el modo de conocer el hombre en sus fundamentos es el mismo, en el conocimiento científico de la Biología y en el expontáneo empírico."

Resulta, pues, y conste que no lo digo yo, lo afirma como consecuencia el doctor Bañuelos en sus escritos, que el curandero y el clínico moderno alópata más exquisito, mejor dispuesto, más eminente, se igualan. Sólo les diferenciarán el número de pronósticos clínicos

que cada cual interprete más de acuerdo con la realidad; con sus sistemas el uno, y con sus leyes científicobiológicas el otro.

Y hay que reconocer, termina, que la suerte en muchos casos podrá favorecer al curandero. Está, pues, el clínico científico actual, frente a esos enfermos, tan desorientado como el curandero o el médico titulado pero ignorante; y el éxito dependerá de factores extraños a la Medicina científica oficial, y que, por consiguiente, pueden atesorar y dominar mejor acaso los ignorantes de la Medicina científica oficial moderna.

No dirá el entusiasta y simpatizante lector naturista que no le suministramos materiales y de bonísima procedencia para que su iniciación y su perplejidad al ingresar en el templo que instituyó con sillares ciclópeos Hipócrates, se arraigue y le sirvan de argumentos para aquellos *superficiales e inconscientes* que critican su *manía vegetariana;* su cambio de vida y de procedimientos; su despego y desprecio de los mil potingues y fármacos, sembrados a boleo que pretenden curarle o decirle: haz lo que quieras, salta todas las barreras de tu naturaleza, que aquí está encerrado el elixir para alargarte la vida y darte la salud (1).

Creemos los naturistas disidentes de esa falaz Medicina oficial, más moral y más serio y científico decirle a la Humanidad: Si quieres tener salud, has de cumplir los preceptos que tu naturaleza exige. *Natura est entis amans.* La Naturaleza apetece el bien de todos los seres y no admite sofismas ni elucubraciones febriles y soberbias.

L. ALVAREZ FERNÁNDEZ
Médico naturista

(1) Suman 18.000 los específicos que pretenden gobernar y curar a la desgraciada y descarriada humanidad doliente.

Toda la correspondencia, giros, certificados, valores, etc., diríjanse de la siguiente forma:

Sr. D. J. Juan Pastor

Apartado 158.—VALENCIA

Se ha puesto a la venta

Camino de Perfección

Por CARLOS BRANDT

Se trata de un valioso libro, el último escrito por este prestigioso autor, a quien tantas y tan bellas páginas debe el Naturismo, de gran alcance ideológico y de honda penetración filosófica. Un libro que apreciarán en mucho todos los amantes del estudio y del naturismo integral. La parte moral del ideal naturista, la ética individual del hombre, libre de prejuicios sectarios, se estudia y se expone con la fina y singular percepción que caracteriza el estilo de este autor.—Precio, 2 pesetas.—Pedidos a esta Administración.

GACETILLA

Schopenhauer dejó dicho para siempre que hay tres clases de escritores: los que escriben sin pensar, los que piensan para escribir y los que escriben porque han pensado. Todos conocemos multitud de los primeros y de los segundos—menos numerosa ésta que aquélla—; de los terceros, ¡qué pocos! Mas sólo lo que éstos dicen cuenta, y no habrá ni un lector que lo sea de veras que los confunda con los otros, tontos sin remedio los primeros, dignos de lástima los segundos.

* * *

De Fray Luis de León, que escribió mucho por haber pensado, se ha hablado un poco recientemente con motivo del cuarto centenario de su nacimiento. Bastante menos de lo que hubiera sido justo. No he visto citadas por nadie en esta ocasión unas palabras inmortales del, sobre todo, gran humanista. Palabras hondas, de las más hondas que se han dicho, no sólo en castellano sino en cualquier otra lengua. Cien mil volúmenes de autores que hayan escrito sin pensar o que hayan pensado para escribir, tienen menos importancia que estas palabras, escritas porque se había pensado. Dicen así:

"Consiste la perfección de las cosas en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que por esta manera, estando todos en mí y yo en todos los otros y, teniendo yo su ser de todos ellos y todos y cada uno de ellos el ser mío, se abrace y eslabone toda aquesta máquina del universo y se reduzca a unidad la muchedumbre de sus diferencias, y quedando no mezcladas se mezclen, y permaneciendo muchas no lo sean; y para que extendiéndose y como desplegándose delante los ojos la variedad y diversidad, venza y reine y ponga su silla la unidad sobre todo."

* * *

Hay por ahí quien, además de escribir sin pensar, avulgara pensamientos ajenos en una prosa adecuada al avulgaramiento, es decir, indigesta. Vulgarizar es otra cosa, aunque tampoco se distinguen los vulgarizadores en el escribir por haber pensado.

Los tales avulgaradores, entre los que hay algunos que se juzgan poco menos que salvadores del mundo, en cuanto tropiezan con cualquier obstáculo en su labor ininteligente, se lamentan de un modo que quiere ser trágico y no llega ni a cómico, y piden, llorando o poco menos, que les den la razón. Desde el momento en que la piden es que no la tienen. Nadie piensa en reclamar lo que posee. Mas una ojeada atenta a la prosa—ya se ha dicho que indigesta—en que tal petición se hace, empedrada de las palabras sacrificio, sufrimiento, pérdida, revela que el tener o no la razón les es indiferente, y que lo que en realidad piden es dinero: el tanto por ciento de los sacrificios, sufrimientos y pérdidas.

Por mi parte, daría siempre a estas pobres gentes el dinero que piden—¿por qué no hacerlas felices si lo son con tan poco?—y hasta la razón, si de veras les interesara. Y no porque sea partidario de la caridad, sino acordándome de aquella profunda sentencia de Sófocles: "La verdad puede más que la razón."

* * *

En la última novela de Baroja, que acaba de asomarse a los escaparates de las librerías, aparece uno de esos personajes pintorescos en cuya creación no tiene par nuestro gran novelista. Es un arreglador del mundo y un hacedor de árboles genealógicos. Ante este personaje, he recordado uno que yo conocí en mis andanzas por las bibliotecas. Parecía arrancado precisamente de una novela barojiana. Tenía hecho su árbol genealógico. Sólo le faltaba un dato para completarlo. Andaba buscando unas memorias en las que, según ciertos indicios, hallaría aquel dato. Llevaba más de diez años bus-

cándolas. Se trataba de uno de esos libros de corta tirada y que nadie sabe a dónde han ido a parar los ejemplares. Si los traperos fuesen gentes letradas, ayudarían mucho a los eruditos. El autor de estas memorias, refugiado en España cuando la revolución de 1789, parece ser que había reunido en ellas, además de sus sucesos particulares, los de algunos nobles como él huídos y en España refugiados. Una antepasada del buscador del libro había tenido un hijo, el único que trajo al mundo, de uno de estos nobles, que no era su marido. En las susodichas memorias, según sus indicios, se decía esto con todo detalle. Necesitaba el dato concreto para dar fin a su árbol genealógico.

Al principio de conocerle, cuando no sabía yo lo que tan ahincadamente buscaba, hablamos un día de estas cosas.

—¿No teme usted—le pregunté—hallar en lo que busca algo desagradable? Casi siempre, cuando se hurga en el pasado, se tropieza con sorpresas inesperadas. Tal tatarabuelo fué un bandido, tal tatarabuela gustó demasiadamente de hacer sacrificios a Venus, buscándose para cada uno distinta compañía.

—¿Temer?—me repuso—. Al contrario.

Y entonces fué cuando me refirió lo que buscaba, concluyendo:

—Duele hallar algo así en nuestros padres o abuelos cuando viven. Después de muertos, tampoco. ¿Qué mayor placer que ser bastardo de un grande, ya que no hay otro medio factible de emparentamiento? Si es verdad que el único hijo de mi tatarabuela fué engendrado por un noble francés refugiado, correría sangre azul por mis venas. Mi árbol genealógico adquiriría desde esa fecha una honra señalada.

Todavía anda buscando este personaje extraordinario las memorias en que cree consta el dato que le falta, ese dato que sería su timbre de nobleza.

* * *

Conocido es el ingenio auténtico, no pegadizo, de la mujer madrileña. En general, cada madrileña vale por diez madrileños, como cada norteamericana vale por cien norteamericanos.

Quiero recordar aquí un rasgo notabilísimo de ese ingenio. Iba por la acera derecha de la calle Mayor una joven airosa, de ojos vivísimos —los ojos son, en lo físico, lo más valioso de las mujeres de Madrid—, no extraordinariamente bonita, pero sí con encanto particular. En sentido contrario marchaba un matrimonio ya viejo. Gente acomodada. En el momento de cruzar con la muchacha, el viejo, que había de pasar junto a ella, procuró rozar con su brazo el pecho esbelto, como si así hubiera de trasmitírsele la vitalidad que a la joven le sobraba y de que él carecía.

La muchacha, repeliendo con un empujón oportuno el intento, dijo al mismo tiempo:

—¡Pero qué quiere este hombre!

—Oiga, joven—le repuso la vieja—. Sepa usted que mi marido no es un hombre...

Naturalmente, iba a terminar: "...es un caballero."

Pero la muchacha no la dejó terminar. Exclamó:

—¿Que no es un hombre? Pues la acompaño a usted en el sentimiento.

De todos los que, antes que hombres prefieren ser llamados otra cosa, como si hubiera algo superior a ser hombre, cabe acompañar en el sentimiento a quienes con ellos convivan.

¡Feliz respuesta la de la ingeniosa madrileña, de inteligencia vivaz y certera! Pocas veces se clava tan bien una flecha en el blanco.

* * *

Para los que creen que la cruzada contra la ramplonería cómica que ha invadido los escenarios españoles es de ahora, y que la crítica carece de valor por cuanto el público aplaude y se regodea, juzgo oportunas unas palabras de *Zeda*, gran crítico teatral en su tiempo, escritas hace ya más de treinta años. Son las siguientes:

"Si como hay manuales de cocina los hubiera de hacer comedias, la receta correspondiente a la manera de confeccionar los *juguetes* cómicos podría redactarse en estos o parecidos términos: Reúnanse con un pretexto cualquiera, o sin él, cinco o seis polichinelas que no tengan de persona más que la figura; métase entre ellos un sujeto, cuanto más grotesco mejor; imagínese una equivocación cualquiera; derívense de ella otras, sean o no posibles; hágase hablar a los personajes de tal manera que cada palabra ofrezca dos o tres sentidos a cual más disparatado; sosténgase esta quisicosa durante cuarenta minutos en las tablas del escenario, y puede

apostarse doble contra sencillo a que el público aplaude a rabiar y se desternilla de risa."

El lector avisado se percatará fácilmente de que esas palabras tienen aplicación, en otro sentido, a otros géneros que no son cómicos ni teatrales, pero pergeñados del mismo modo y de mucha aceptación por parte del público. Se puede seguir apostando doble contra sencillo en favor de lo ramplón.

JULIO BARCO

Para una antología de temas pedagógicos

¡POBRES NIÑOS!

Los niños no conocen el valor de los experimentos de que son objeto. Nada puede servirles de defensa contra las tentativas de desnaturalizar su esencia. La senda que han de seguir está trazada arbitrariamente y con frecuencia es casual. Los padres, naturalmente, no tienen todos experiencia y razón; los pedagogos no todos son bastante sagaces para adivinar la naturaleza del niño, cuya educación se les confía. Frecuentemente reina en este asunto una confusión completa capaz de pervertir hasta al niño mejor dotado. Mas, aparte de la casualidad, los niños han de sufrir el "sistema", es decir, cierta disposición pasajera de la mentalidad de los individuos en la sociedad, que carga sobre todo lo que vive el peso de sus errores. El sistema elabora una cantidad de fórmulas vitales, artificiales en su mayor parte, satisfaciendo solamente las ideas y las exigencias del momento. Los niños, en este concepto, son una presa fácil, de la que el sistema se apodera impunemente en la seguridad de que el corazón de cera aceptará sin protesta toda fantasía pedagógica.

Recuérdese que la historia ha sido testigo varias veces de épocas sombrías y crueles en que la sociedad, bajo la influencia de algún pánico, cesa de creer en la fuerza vivificante de la ciencia y busca la salvación en la ignorancia. Cuando el pensamiento humano está condenado a la inacción y los conocimientos positivos ceden el puesto a las inutilidades, cuando el ideal se oscurece y se prohibe saber..., se prepara, para un porvenir inmediato, una de esas épocas.

Es triste vivir en tales épocas, pero el hombre que se halla en el circo, conserva, al menos, el derecho de luchar y de perecer. Ese derecho le preserva del vacío del alma y le da la certidumbre del deber cumplido consigo mismo y con la humanidad.

Los niños no gozan de ninguna ventaja de ese género. Son extraños a toda participación en la organización de su vida personal, obedecen ciegamente a la mano que la casualidad ha colocado sobre ellos, y no saben si les conducirá al triunfo o al peligro, si les fortificará hasta hacerles resistir la invasión de las dudas inevitables o si les sacrificará ante ellas. Aun admitiendo conocimientos a costa de penosos esfuerzos, los niños no se dan cuenta de si son realmente conocimientos o inutilidades. Como he dicho antes, la misión positiva de los niños, tal como se ha presentado hasta ahora, consiste en representar el papel de *anima vili*, objeto de experimentos pedagógicos de todas clases...

Peores son las consecuencias del "sistema".

En este caso, la vida del niño está minada en su esencia, para siempre e irremediablemente, porque para ayudar al sistema hay los pedagogos que obran, no sólo por miedo, sino también por ciencia. Conforme a las exigencias del sistema, rompen la naturaleza del niño, sumergen su alma en las tinieblas, y si no predican la ignorancia con toda franqueza, es debido a que tienen un medio cómodo de no recurrir a esta medida extrema de salvación pública, y de reemplazarla por otra que repugna menos brutalmente la conciencia humana, pero no menos eficaz. Este medio, como queda dicho, consiste en sustituir los conocimientos por una masa de

inutilidades de que desde tiempo inmemorial abusa la pedagogía.

¿Qué pueden oponer los niños a esas tentativas de desnaturalizar su vida? ¡Infelices! Sujetos por el yugo del fatalismo, no sólo no hacen ninguna resistencia sino que por sí mismos se adelantan a su desgracia y reciben sin murmurar los golpes que sobre ellos llueven de todos lados. ¡Pobres niños! Y he aquí que, sumergidos en la ignorancia, cargados de inutilidades, llegan poco a poco a la virilidad y entran, por fin, en la escena de la actividad, sin medida para la apreciación de los actos ni para el discernimiento del bien y del mal, con el corazón tocado de caducidad prematura y sin noción de justicia. Satisfacer las necesidades del momento: he ahí el objeto de sus deseos y lo que les ayuda a arrastrar su inútil existencia.

El sistema se aprovechaba de la ignorancia del niño para transformar su inteligencia en medianía. Ahora, en la edad de hombre, el mismo sistema aparece como único guía de todos sus actos, de todos sus pensamientos. Conformándose con las tradiciones de su infancia, aquellas gentes se sumergen cada vez más en la noche de las exigencias caprichosas de la moda del día, y se convierten en arma dócil de esas exigencias viriles, continúan siendo niños, con la misma ignorancia, con la misma carencia de fuerza de resistencia que podría ayudarles a orientarse en el caos de los fenómenos pasajeros. ¡Pobres niños! ¡He ahí lo que os prepara la ciega casualidad, y lo que es ese destino que la opinión pública califica de felicidad!

Las objeciones contra todo lo que acabo de exponer son muy posibles. Se me dirá, por ejemplo, que cito fenómenos que llevan el sello del fatalismo. Es imposible, en efecto, armar a los niños de conocimientos científicos, puesto que su edad les condena a la ignorancia; es imposible imponerles el cuidado de su porvenir, puesto que no tienen el desarrollo intelectual indispensable.

Sé perfectamente todo eso, y lo acepto; mas, a pesar de todo, no encuentro argumentos suficientes para probar esta conclusión de las dichosas ventajas de la infancia.

Es cierto que los niños no saben a dónde se les conduce ni lo que se hace con ellos, y esto les evita una multitud de sufrimientos que les atormentaría si lo comprendieran; pero ¿qué vale ese consuelo temporal frente a las amenazas de que está lleno su porvenir?

He ahí por qué insisto en sostener que, en resumen, no hay edad más desgraciada que la infancia, y que la opinión pública se engaña singularmente pretendiendo lo contrario, y pienso que ese error es pernicioso, porque ilusiona a la sociedad y le impide tratar prudentemente este asunto.

No niego la ayuda que puede prestar a los niños la pedagogía, pero no puedo reconciliarme con esa arbitrariedad que, elevando sistema sobre sistema, pone esos futuros hombres en la dependencia de una disposición de espíritu momentánea. La pedagogía debe, ante todo, permanecer independiente; su objeto consiste en formar en los niños el ideal del porvenir y no en someterlos al caos del presente. Porque, lo repito una vez más, hay épocas en que la sociedad, bajo la influencia de algún pánico, huye de la ciencia y busca su salvación en la ignorancia.

¿Es digna de la pedagogía, aunque velada por tal o cual pretexto, una tarea semejante?

CHTCHEDRINE

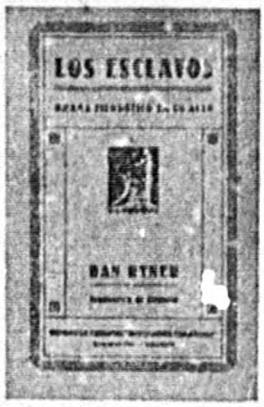
EUGÉNICA

Padre, ¿tú lo sabes?
Dime qué es ser madre,
Porque yo a mi muñeca la quiero
Y mamá deseo que ella me llame.
¿Por qué cada niño, madre tiene y padre?
El papá se sonríe malicioso.
La abuela se asusta,
La mamá no sabe
Cómo habrá de decir a la niña
Lo que hasta la boda
A ella ocultáronle.
Y piensa callada
Lo que quizá vale,
El saber la verdad de la vida,
Que aleja peligros y libra de males;
Por eso, sentada,
Cuando todos salen,
A su hija le habla quedito,
Sin reservas ñoñas,
Sin nada ocultarle.
¿Por qué la niñita
Viste con más arte
El vil muñequillo
Que la abuela trae?
Es que ha comprendido
Muy hondas verdades;
Es que se prepara
A ser buena madre.

JULIO NOGUERA

Tip. P. Quiles, Rodrigo Botet, 4

Almanaque de "Generación Consciente" para 1928.—Son estos almanaques hermosos volúmenes de gran valor cultural y científico. Indispensables en la biblioteca de todo hombre estudioso.—Precio, 1 pta.



Los esclavos, por Han Ryner.—Hermoso cuadro dramático filosófico en el que su autor, a quien con merecida justicia se le llama en Francia *el príncipe de los novelistas*, revela sus excepcionales cualidades escénicas.—Precio, 0'50 pesetas.

Los herederos de la gran tragedia, por Sebastián Gomila.—Acertadísima, profética visión de la post-guerra. Obra unánimemente elogiada por la crítica.—Precio, 2 ptas.

Estudios sobre el amor, por José Ingenieros.—*Cómo nace el amor.—El delito de Besar.—La reconquista del derecho de amar.*—Es este un precioso librito en que el genial Ingenieros define como nadie el derecho de amar libre y voluntariamente, sin restricciones ni convencionalismos. La pluma de este gran escritor deleita con la descripción de los sentimientos y los afectos que embargan al corazón humano.—Precio, 0'75 pesetas.

El Alcohol y el Tabaco, por León Tolstoi.—Las horribles y funestas consecuencias de estos dos nefastos y absurdos vicios. Este libro debieran leerlo y recomendarlo todos; es tanto como cooperar a disipar las tinieblas que obscurecen la conciencia del mundo.—Precio, 1 pta.

Maternología y Puericultura, por Margarita Nelken.—De interés y utilidad indiscutible para todas las mujeres es este trabajo, en el que su ilustre autora expone los peligros de la ignorancia en que se mantiene a la joven destinada a ser madre ..... 0'25

¿Maravilloso el instinto de los insectos?—Interesantísima polémica acerca de las teorías del gran entomólogo J. H. Fabre, en la que intervienen los sabios franceses Han Ryner, Augusto Forel, Andrés Lorulot, y los doctores Herrera, Proschowski y Javorski..... 0'30

La Filosofía de Ibsen, por Han Ryner.—Este es un magnífico y muy interesante estudio acerca del teatro ibseniano, en el que Han Ryner pone de relieve la transcendencia filosófica y social del mismo..... 0'25

Almanaque de "Generación Consciente" para 1927 1

Sotir el libre, por Panait Istrati.—Preciosa novelita de este celebrado escritor..... 0'25

Realismo e Idealismo mezclados, por E. Armand.—Otro libro del esforzado periodista y abnegado luchador Armand, en el que manifiesta sus excepcionales dotes narrativas, resumiendo en bellas y geniales páginas su amplia y acertada visión de la vida..... 1'50

La Tisis, (Cómo se evita; cómo se cura), por el Dr. Bjancay, con ilustraciones 2

El Petróleo, por Francis Delaisi.—El petróleo es la fétida sangre con que se alimenta esta desastrosa civilización mecánica. Delaisi descubre en este libro la razón oculta que lanza a unos pueblos contra otros en horribles matanzas guerreras 4

La tragedia de la Emancipación femenina, por Emma Goldman.—Se adivina a través de sus páginas, las bellas cualidades de la compañera ideal, inteligente y sencilla, amorosa y maternal, que adornan a su autora. Su trabajo tiene el doble valor de la sencillez en la expresión y de un elevado y recto criterio poco común entre los de su sexo..... 0'20

La Calvicie (Cómo se evita; cómo se cura), por el Dr. W. Koheler.—Recetario general de las más eficaces fórmulas y procedimientos radicales para la conservación del pelo, evitar su caída y producir su renovación 4

Pío Baroja, por Francisco Pina.—Estudio crítico de la obra y la personalidad del genial escritor 3

Plantas que curan y plantas que matan, por el Dr. Pío Arias Carvajal.—Tratado teórico práctico de botánica medicinal para la curación de todas las enfermedades..... 3

COLECCION «LA NOVELA MENSUAL DE *GENERACIÓN CONSCIENTE*»

Crainquebille, por Anatole France ..... 0'50

La muerte de Oliverio Becaille, por Emilio Zola ..... 0'50

El Mareo, por Alejandro Kuprin ..... 0'50

Luz de Domingo, por Ramón Pérez de Ayala .. 0'50

Infanticida, por Joaquín Dicenta..... 0'50

Urania, por Camilo Flammarión..... 0'50

A toda nota de pedido debe acompañarse su importe, por giro postal. Los envíos se hacen certificados, libres de gastos, inmediatamente de recibido el dinero.

Amenidad. - Interés. - Educación sexual. - Arte. - Conocimientos útiles para la vida privada. - Ética moral y científica. - Colaboración selecta de las más prestigiosas firmas de la intelectualidad mundial.

Precio, UNA peseta.—Pídalos hoy mismo a ESTUDIOS, Apartado 158.—Valencia.

Consultorio Médico de ESTUDIOS

DR. ISAAC PUENTE

MÉDICO

VÍRGALA MAYOR (Álava)

Precios de consulta

Completamente gratis a los lectores de ESTUDIOS. Basta la presentación del cupón insertado a continuación. Para las consultas por correspondencia, añádase, además del cupón, el sello para el franqueo de la contestación.

Dr. Roberto Remartínez

MÉDICO FISIATRA

Conde Salvatierra, 19. -- VALENCIA

Hidroterapia, Cromoterapia, Fototerapia, Electricidad, Sol artificial, Rayos X, Diatermia, etcétera.

Consultas por correspondencia, rigurosamente reservadas. Pídase cuestionario. Personalmente consultas todos los días laborables de 9 a 12.

A los lectores que presenten el cupón adjunto, descuentos fijos de 5 pesetas en la primera consulta, y 1 peseta en las sucesivas, y de un 25 por 100 en los tratamientos en la clínica, exploración con los Rayos X, etc., etc.

DR. L. ALVAREZ

MÉDICO NATURISTA

Duque de la Victoria, 15, pral.

VALLADOLID

Precios de consulta: Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto se les descontará 5 pesetas en la primera consulta, y 1 peseta en las sucesivas.

Dr. M. Aguado Escribano

MÉDICO FISIATRA

CERRO MURIANO (Córdoba)

Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto, descuento del 50 %, en la primera consulta, y el 25 %, en las sucesivas.

J. PEDRERO VALLES

MÉDICO HOMEÓPATA

Tintes, núm. 2. - VALLADOLID

Los lectores de ESTUDIOS que acompañen el adjunto cupón serán favorecidos con un descuento del 50 por 100.

Para las consultas por correspondencia, pídase "Cuestionario de preguntas", adjuntando el franqueo para la contestación.

ESTUDIOS

CUPÓN CONSULTA

Núm. 67. — Marzo 1929

Córtese el adjunto cupón e inclúyase al formular la consulta, para tener opción al descuento especial.